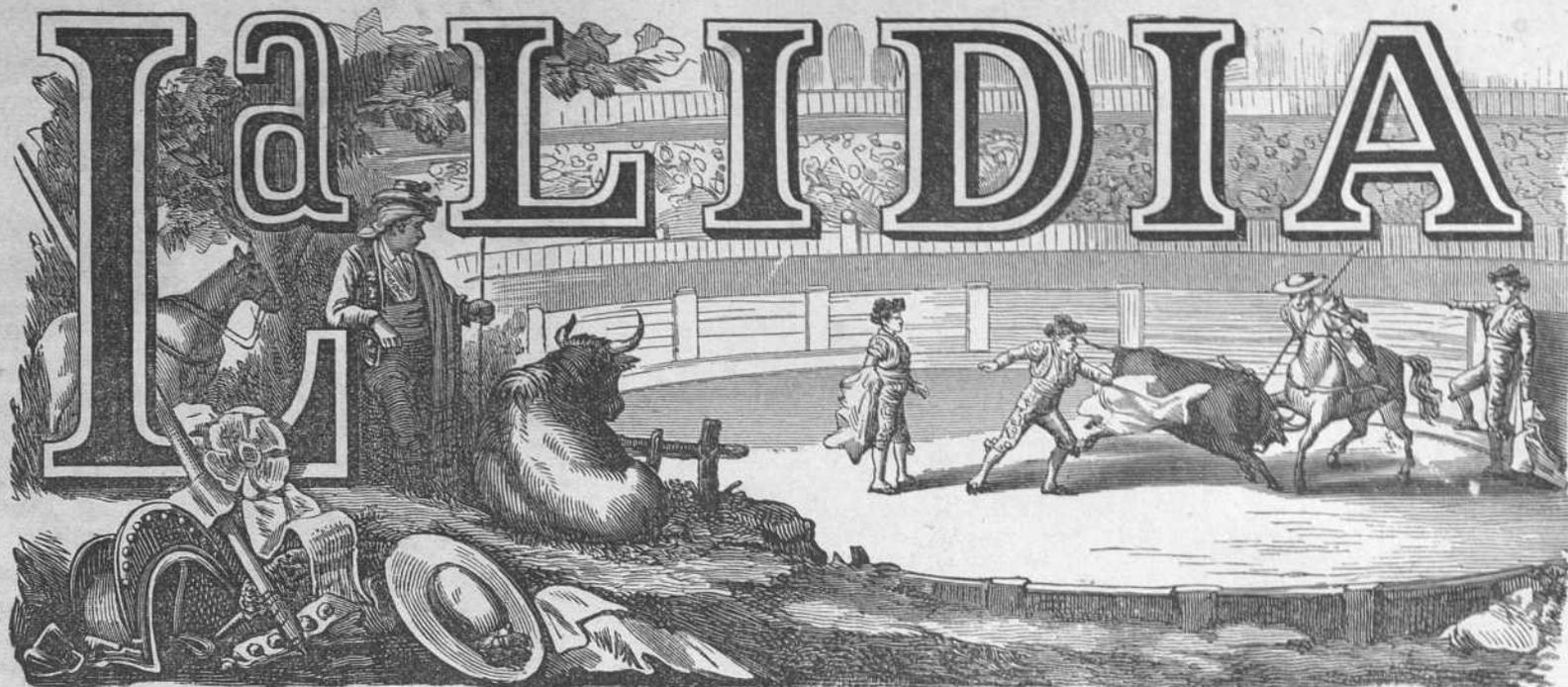


NUMERO EXTRAORDINARIO, 30 CENTS.



NUMERO ATRASADO, 50 CÉNTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
No se admiten suscripciones á provincias.

PRECIO PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios,
Pesetas. 2,25

REVISTA TAURINA.

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

CONTRATAS EN PERSPECTIVA, por J. Sánchez de Neira.—UNA CARTA, por J. P. de Guzmán.—EL PORVENIR DEL TOREO, por Luis Carmona y Millán.—TIEMPOS QUE FUERON, por J. Sánchez de Neira.—EPIGRAMA, por Plóez.—Revista de toros (14.ª corrida de abono), por Don Parando Corto y Derecho.

CONTRATAS EN PERSPECTIVA.

Es ya un hecho que saben nuestros lectores, el ajuste del matador de toros, Luis Mazzantini, para la Plaza de Toros de Madrid, durante el próximo año de 1886. Es también probable, y más que probable, casi cierto, que le acompañe, en el lugar que le corresponde, el diestro Salvador Sánchez, Frascuelo, que tan buena campaña ha hecho en el presente año; y solo falta ultimar el contrato de otro espada para completar el cuadro de matadores que han de proporcionar al público de Madrid la ocasión de apreciar sus adelantos ó retrocesos en el difícil y expuesto arte de torear.

Ninguna observación puede hacerse á la nueva Empresa respecto de los lidiadores antes citados, como no sea la de felicitarla por su acierto al formalizar escrituras con unos diestros, que con más ó menos defectos—porque en lo humano nada reúne la perfección acabada—tan del agrado son del público en general, dentro cada uno de su respectiva categoría. Frascuelo debe trabajar en Madrid ahora que está en la plenitud de su inteligencia y facultades, y antes de que por falta de esas dotes se aproxime á la inevitable época de su decadencia, pues sabido es, que si la experiencia da ciencia, los años no dan poder; y en cuanto á Mazzantini, justo es conocer que para quien en el corto tiempo que lleva de carrera, todo han sido vítores, aplausos y aclamaciones, la plaza de Madrid necesita verle y juzgarle durante una temporada, ó bien para expedirle el diploma de profesor, que otros han conquistado paso á paso en mucho tiempo, y que á él le han querido conceder de pronto los públicos de provincias, ó bien para descartarle de la baraja de eminencias del arte, que Madrid es la universidad donde se conceden, casi siempre con justicia, títulos de toreros á los que realmente lo son, y de primeros matadores á los que por su saber van á la cabeza de la clase, aunque por su antigüedad formen detrás. Vea bien Mazzantini lo que hace en nuestra plaza el año próximo, que la prueba será tal vez definitiva, y debe «echar el resto» como vulgar-

mente se dice, para adelantar, mejorar y perfeccionarse, que algo le falta, digan lo que quieran sus admiradores, para ser un completo matador de toros y jefe de cuadrilla, al que por sus años de servicio sólo puede concedérsele el primer entorchado entre los oficiales generales del ejército taurómico.

Pero—y este es el principal objeto del presente artículo;—en la necesidad de contratar la Empresa otro espada que con los anteriores componga la trinidad á que se han acostumbrado los modernos aficionados, ¿á quién acude?

Reflexione sobre esto mucho el Empresario, que para reflexionado y meditado es, más de lo que parece. Nosotros vemos el asunto desde la barrera, y él ha de verle desde su gabinete, con la caja de caudales á la vista; nuestro placer ó disgusto concluye al salir del circo, aumentando en el primer caso nuestra afición, ó entibiándola tal vez hasta el extremo de renunciar á ella, al paso que los resultados positivos para la Empresa no concluyen en un día ni en un año; y tales pudieran ser, que le hicieran quebrar mejor que quiebra Guerrita, pero quedándose en la cuna desecho y desnudo.

Hagámonos cargo de la situación de los espadas que, por ser ya admitidos como buenos en la plaza de Madrid, pueden tener más probabilidades de ser ajustados; veámos el pró y el contra que de sus escrituras pueden resultar á la Empresa y al público, ya que tan encontrados intereses representan; y esperemos que el Empresario y el tiempo, unidos á la voluntad de los toreros, nos den á fines del próximo venidero mes de Abril, lo que mejor cuadre á la afición, en cuyo favor debe trabajarse de consuno.

Lagartijo es la primera figura que se presenta á la discusión, y no ciertamente porque su nombre merezca ser discutido, que aunque su tercio en general, como espada, no sea el que más nos agrade—y aquí habla el firmante por cuenta propia,—sería prueba de poca imparcialidad no reconocer en él al torero que ha sabido conquistarse más simpatías entre las masas de aficionados. Su nombre como el de Frascuelo, únicas lumbreras en quienes reconocen todos, principales dotes, llena perfectamente el cartel *tu davita*; y decimos todavía, porque marcado en él ya el período de su decadencia ó cansancio natural, este año le ha sido fatal en suerte, pues no han llegado á seis toros los que ha matado obteniendo aplausos, y han sido muchísimos más los en que se le ha vituperado. Por eso dicen que

no quiere escriturarse para el año que viene, y hace mal; nadie ha de perder tanto como él; mire que el vulgo es tornadizo, y derriba hoy lo que ayer ensalzó, sin más ley que su capricho; y entienda que si cuando vuelva á presentarse no lo hace—como no podrá hacerlo, pues el tiempo na pasa en vano—mejorando recuerdos antiguos, su estrella puede oscurecerse de una vez; y en cambio, no dejando de verle, el entusiasmo durará, aunque tenga interrupciones y le ahogue alguna vez la apatía ó la impotencia. Lagartijo trabajará el año que viene, ¡vaya si trabajará!, porque le tiene mucha cuenta, y á la Empresa también le es conveniente; á él, para no perder simpatías adquiridas al cabo de tantos años; y al Empresario, porque ese espada trae gente. Que venga, pues, y píccure trabajar más y mejor que lo ha hecho en el presente año, y queda zanjada la cuestión; y por si contra lo que esperamos, no viene á Madrid, examinemos quiénes más tienen títulos para ocupar su puesto.

Por su antigüedad nos acordamos, en primer término, de Francisco Arjona Reyes, Currito. Es un matador conveniente en muchas ocasiones á cualquier Empresa. Su toreo es de buena escuela; su personalidad muy simpática, y su conocimiento para no sufrir cogidas, especialísimo; cualidades muy recomendables para que en él se encuentre siempre forma de dar corridas, aunque estén ausentes ó enfermos los diestros de más aceptación entre los escriturados. Lástima se haya gastado en años pasados, más que porque disguste su trabajo, y eso que no ha sido últimamente lo que antes fué, por la inesplicable apatía ó indolencia de un hombre á quien tanto le importan los silbidos como los aplausos.

Puede también la Empresa, y no andaría en ello muy descaminada, pensar en la contrata de José Campos Cara-ancha, matador que tiene formado su partido, y que de los discípulos del Gordito, es el único que más escatima los cuarteos al estoquear, y que más para pasando. Algo desigual es su trabajo, en términos de que al verle un día pararse, citar y recibir con frescura, no parece el mismo hombre que en ocasión distinta arranca de largo, saliendo por la cara de las reses. Milita, sin embargo, en su favor, una circunstancia importante: Cara-ancha es pundonoroso y trabajador; le gustan las palmas, y por dar gusto al público, se deja coger. Esta última cualidad no le conviene á una

Empresa que ha de pagarle en cama lo mismo que en la plaza, por más que esto, como desde luego se comprende, no es ni puede ser muy frecuente, que no todos los días quiere uno que le den con la baidilla en los nudillos.

Es, pues, para la Empresa tan útil y conveniente Cara-ancha como Currito; y éste como aquél, sin gran diferencia; y si alguna existe, no seremos nosotros los que la indiquemos, aunque la conozcamos, que LA LIDIA no es buzón de reclamos, ni sabe hacer sonar el bombo. Por esta razón renunciamos á indicar el puesto que daríamos á Hermosilla, Pastor, García, Ruiz y algún otro, colocándolos de igual modo que al Gallo; á todos en primer lugar, y á ninguno en segundo, con arreglo á su categoría y antigüedad; pero sí diremos que con los matadores al principio mencionados, con aprovechar para las salidas, y por cuatro ó seis corridas al menos, á los que después hemos citado —en cuanto sean compatibles con los compromisos que parece tiene el Gallo para las salidas—prefiriendo á otros que han trabajado en los años pasados sin títulos bastantes para ocupar puesto en el primer ruedo de España, y á quienes sin citarlos conocen nuestros lectores, y con presentar ganado hecho, de buenas vacadas, sin atender á preferencias, los aficionados pueden prometerse que la afición se sostenga, confiando en que los toreros *quieran*.

Fundándose algunos en las amistosas relaciones que el futuro Empresario tiene con Fernando Gómez, el Gallito, afirman que éste será contratado en segundo lugar, buscando de ese modo el medio de *no alterar los precios* que ahora rigen, pues con un solo espada de los *caros* y dos segundos, gastará menos dinero que con dos primeros. Para ello tiene presente, además, el Empresario, que Gallito, como torero, es fino, sereno é inteligente manejando el capote con soltura y gallardía; que enmienda rápidamente una mala colocación, y aparece ante el público como bueno; pero si esto es verdad, también lo es que en el momento de herir decae, sin que hayan servido cuatro años no interrumpidos para verle adelantar en ese punto, y esto le perjudica. Si por primera vez se presentara, sería bien recibido, agradaría, y esperárase mucho de su inteligencia; pero los hombres se gastan; el público quiere variedad, y Gallito no puede dársela, porque nada nuevo ha de hacer que no haya hecho durante su prolongada permanencia en nuestro circo. Por eso, antes de que se gaste, le conviene *refrescarse*, no prodigarse tanto, trabajando en menos corridas por algún tiempo, para volver otro año como torero de buenos antecedentes; que no es lo mismo irse desprestigiado después de malos recuerdos, que dejando, como él deja, buen nombre, sostenido con excelentes deseos.

Para ello ha de cuidar la Empresa mucho, mucho, de no extremar los precios de las localidades, ni dar tantas corridas por semana como este año se han dado, no suceda lo que LA LIDIA dijo al hablar de la inverosímil subasta que la ha dado la posesión de la plaza; y tenga entendido, que un buen aficionado, como lo es el Sr. Menéndez de la Vega, no debe ser el que mate como Empresario nuestra fiesta nacional.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

UNA CARTA.

Señor Director del periódico LA LIDIA.

MUY SEÑOR MÍO DE MI MAYOR CONSIDERACIÓN: Leyendo una de estas mañanas por centésima vez un originalísimo al par que exagerado artículo de Dumas, referente á corridas de toros, he venido en reflexionar el partido que éste escritor habría sacado, dada su rica imaginación para la inventiva, si hubiese recordado las relaciones y conocimiento que le unían al desgraciado *Pepete*.

Es sabido que por los años de 1846, con motivo del viaje de Dumas á España, viaje que ocasionó sus inolvidables palabras de que el Africa comenzaba en los Pirineos, y sus famosas cartas, residió en Córdoba algunos días, prendado de su suelo, y quiso, como era natural, ver en ésta lo notable y más sorprendente, la célebre Sierra-Morena, pero con todos sus accidentes, en toda su pureza, y en la parte en que sólo imperaba la naturaleza; con este motivo hubieron de complacerle organizando una batida ó montería de reses mayores, la que se verificó en lo más solo y escabroso de aquellas montañas, á la cual asistió como uno de tantos convidados é inteligente en este ejercicio, el duro y resistente *Pepete*, el cual, ceñida su cabeza constantemente con el pañuelo de seda recogido á la zaragozana para resguardar *su coleta* de las atentadores breñas, pasó tan desapercibido del parisién, como lo pasaba ante los públicos de las plazas donde escasamente toreaba seis funciones al año; aquél, como los demás acompañantes, fueron luego calificados por uno de tantos *bandoleros* de que hace mención en sus escritos á su vuelta á París.

Pues bien, amigo mío: estoy reflexionando si en 1869, cuando de nuevo se ocupó de artículos de toros, entonces, queriendo dar novedad, hizo la innovación de la suerte de la silla en un relato de veinte años atrás; si hubiera sabido el trágico fin de su antiguo colega y campeón de las alturas de la Sierra, ¿qué se le hubiera ocurrido inventar, ponderar y referir?

Ahora, leyendo un *lacrimoso* escrito publicado con ocasión de la muerte de Hillo, he comparado las dos imprudencias cometidas por la primera y la segunda víctima que espiraron dentro de los muros de la Plaza vieja de Madrid, y sino sobre esta comparación (que otro día quizá haga), sobre las cualidades y carrera de Rodríguez quiero formular estos apuntes que adjuntos van, y contando con su reconocida amabilidad y con la indulgencia de los lectores, espero inserte en LA LIDIA, por lo que le da gracias anticipadas su afectísimo

J. P. DE GUZMÁN.

PEPETE.

José Rodríguez y Rodríguez, hijo de otro de quien heredó el *alias*, perteneció á la familia de este apellido, y desde que el toreo fué profesión lucrativa, vivieron de él, de las faenas asalariadas de las naves del Matadero, y de la venta de carnes muertas en aquel Establecimiento Pío.

Nacido con un corazón á prueba, y templado para las faenas más rudas y los peligros, compartió el tiempo y los años de su adolescencia entre los arriesgados lances del capeo de reses bravas y la persecución de los jabalíes, entre las espesas breñas de la pintoresca Sierra-Morena.

A los veinte años, en la inauguración del Circo taurino cordobés, formó parte como aventajado banderillero de la cuadrilla de su tío Luque, *el Cimarrá*, y llamó la atención por su estatura, su arrojo y ventajosas dotes físicas. Dos años más tarde, el 48, recibía el bautismo de sangre, entrando en la enfermería de aquella misma plaza, herido por un toro, al comenzar un pase de muleta natural. Aquel inexperto neófito hubo que habérselas por encargo de medio espada con un bicho marrajo, viejo, cobarde; con un *catadrático* en picardías, criado en los extensos prados de Córdoba la Vieja, y con la marca y señal del Marqués de Guadalezar, y la victoria se inclinó del lado del *tunante*, haciendo víctima al inocente cordobés.

No se amenguaron por esto sus bríos ni se apagó el entusiasmo ni la fe en el porvenir, y sus deseos de gloria y de dinero en aquel *agareno*, puro descendiente de los súbditos del califato.

Dos años después, en 1850, le vimos ya hecho un *mata toros* por pueblos, aldehuelas y pequeñas ciudades de Andalucía y la Mancha, alternando con buenos y malos, hasta que en Agosto fué sancionado como uno de cartel y categoría en la Plaza de Sevilla, en unión al popular Lucas Blanco.

Al siguiente, con ocasión de una ruidosa corrida de beneficencia preparada en Madrid por la primera autoridad de la provincia entonces, el recto é inteligente Ordóñez, solicitó *Pepete*, y obtuvo plaza de matador al lado de Cúcharés, Redondo, el Cano, Manolo y otros campeones de aquella tarde, en que se corrieron 14 toros de las mejores ganaderías. Y no dejó de llamar la atención, tan sólo fuera por el intrépido valor que puso de manifiesto en los dos toros que estoqueara, ayudado eficazmente por el *Chiclanero*, que profesaba decidida afición á nuestro adusto cordobés; así que al otro año, y no pudiendo cumplir Redondo su compromiso con la

Empresa de Zaragoza, llevó en su lugar á aquel mozo fuerte, cuyas piernas de acero y mofletes curtidos habría comprado el moribundo competidor de *Cúcharés* por todas *las onzas* que ganara en su vida, y que hubiera podido adquirir.

Allí, en la ciudad de los valientes, en aquellas fiestas del Pilar, *Pepete* hizo locuras, estremos de valor temerario y actos de consumado lidiador; banderilleó los toros, andando hasta la misma cara y pasándoles con alma; allí se le vió descabellar con la puntilla un toro, estando en pié aculado. Por estos hechos y su firme voluntad, auguraban al novel un porvenir de gloria y de provecho futuro no lejano, dada la falta de hombres notables en el arte.

Así pasó, en efecto; y desde entonces no perdió ocasión de pisar el redondel madrileño, donde iba creando simpatías con su bien deseo y acrisolado valor, siempre creciente; á las inundaciones de Galicia, á la entrada de las victoriosas huestes de Africa, á las corridas benéficas, á todas desde entonces asistió gratuitamente, y por hacer mérito para aquella escritura que al fin obtuvo el malhadado año de 62, y que lejos de ser la manifestación de sus adelantos en el arte, en vez de patentizar las cualidades adquiridas á fuerza de tesón y experiencia, abría la fosa para recibir su cadáver, con el corazón partido por el asta de *Jocinero*.

* *

Hay en la morisca Córdoba una mole inmensa de sillares de piedra, agrupados en un basto recinto al extremo de la ciudad y cerca de una puerta por donde penetraron Co odro y sus animosos compañeros, los soldados de la hueste de San Fernando, conquistador de aquella fuerte plaza. Esa mole casi redonda, protegida en su interior por inmensos machones de granito que suben hasta su techumbre, está adosada á un artístico ábside gótico más moderno, es el lugar que en los tiempos de la dominación árabe servía ya de templo á los fervientes hijos de la fe de Cristo, en unión de otro que, bajo la advocación hoy de San Lorenzo, está situado en otro extremo de la ciudad baja, tocando las mismas murallas con que los Emperadores y Procónsules hicieron su Colonia Patricia fuerte é invencible.

A esta parroquia, nombrada de Santa Marina, corresponde el campo de la Merced, arrabal donde la Casa-matadero se hallaba establecida, y donde á su al rededor tienen su blanca casa las familias de los Bejaranos y Rodríguez, los Sánchez y los Barrios, Reyes y Molinas, y tantas otras que constituyen la ascendencia de los lidiadores cordobeses, educados en aquel *Colegio de la Sangre*, nombre gráfico con que el Vizconde de Miranda, protector de todas ellas, distinguía tal edificio, del clero un día, y vendido hoy en virtud de las leyes desamortizadoras. Las campanas de esta iglesia doblaron por la muerte de un hijo de Córdoba, feligrés suyo.

Sabido es que *Pepete* murió instantáneamente en la tarde del 20 de Abril de 1862; y decimos instantáneamente, puesto que fué cogido á las cinco y siete minutos, y murió á las cinco y diez del propio día. Inútil es ponderar la discusión que esta atroz desgracia levantó en la prensa, en los cafés, en los palacios, en el del Congreso, y en las plazas y calles, entre impugnadores y defensores del espectáculo. También hubo caritativos corazones y periódicos compasivos que, como el *Boletín*, pedía que la Empresa otorgase una corrida extraordinaria entre semana, á beneficio de la viuda del malogrado *espada*, la cual se hallaba enferma. Añadía que todos los toreros que se hallaban en la corte, se prestarían gustosos á trabajar gratis, para tan benéfico fin.

El 11 de Diciembre de 1824 había sido bautizado en Santa Marina el que es objeto de este escrito; y en la propia iglesia, en 1.º de Diciembre de 1844, se casó con Rafaela Bejarano, de la que no hubo descendencia; últimamente habían trasladado su domicilio á Sevilla, siendo feligreses de la parroquia de San Miguel, habiendo dejado con su familia en el barrio de la Merced, á su paso para Madrid, á la que pasados pocos días sería su viuda desolada, pobre y enferma, en cuyas desfavorables condiciones no hizo efecto la oferta de aquel *beneficio* anunciado; y pasados algunos meses, moría la desventurada madrina de *Guerrita*, que en su delicado ser no pudo sufrir tan rudo golpe.

Madrid 10 de Agosto 85.

J. P. DE GUZMÁN.

EL PORVENIR DEL TOREO.

No necesita el señor Marqués de San Carlos reproducir ante el Senado sus exposiciones contra nuestra fiesta nacional; porque el porvenir del toreo se presenta, por lo menos, tan *pavoroso* como el del Barón de la Castaña.

Y no tienen poca parte en esto las *castañas* que dan al público, empresas, ganaderos y lidiadores, que son tres personas distintas, y un solo especulador verdadero. Ello es, que en el presente año, se ha iniciado ya en la plaza de Madrid una reacción contra el espectáculo, adoptando el público la actitud que más puede dañarle; el retraimiento. Con media entrada se han verificado corridas en que han tomado parte las dos *estrellas* de la tauromaquia; *Lagartijo* y *Frasquito*; y con la asistencia, únicamente, de algunos amigos y parientes de la Empresa, las corridas extraordinarias, lidiadas por toreros de *menor cuantía*.

¿Qué quiere decir esto? Pues en nuestra humilde opinión, significa, que el toreo *se va, y se va pronto*. ¿De quién la culpa? Ya lo hemos dicho más arriba. Principalmente, de los diestros y ganaderos.

Antiguamente, los criadores de toros ponían todos sus intereses, toda su inteligencia, todo su celo, en conservar, y aumentar, si era posible, la importancia y el lustre de sus ganaderías de reses bravas, afinándolas y mejorándolas, aun á costa de cuantiosos sacrificios; las tientas eran escrupulosas, al punto de destinar al matadero todo animal que no diera espontáneas, repetidas y decisivas pruebas de su bravura. Resultaba de esto la confianza de los ganaderos en sus toros; el lucimiento de estos al ser lidiados en plaza, y el lucimiento también de los toreros, que podían ejecutar faenas brillantes, imposibles de verificar con bueyes. Así alcanzaron tan alto y merecido renombre las castas de toros de Gaviria, Lesaca, Cabrera, Vazquez y otras, que rara vez fracasaron en la lidia.

Hoy, todo al contrario; siendo el objetivo único de los ganaderos la especulación, ni tratan de sostener la tradición y fama de sus reses, verificando á conciencia las tientas, y vendiendo el ganado cuando está *hecho* y en disposición de dar juego, ni les importa, por lo visto, que sus toros sean *quemados* en casi todas las plazas del reino, como está sucediendo con los que ostentan las más acreditadas divisas. Los criadores nuevos hácese sin duda la cuenta de que, «si el prior juega á los naipes, deben hacer lo mismo los frailes;» y salvo algunas ligerísimas excepciones, presentan en las plazas, bueyes apreciables para las faenas de la labranza, pero que destinados á la lidia, sólo sirven para dar una desazón á toreros y aficionados. Corolarlo de todo lo expuesto: que el público ha empezado á *escamarse*, con razón, á fuerza de recibir desengaños, y convencido de que no ha de ver jugar una corrida de verdaderos toros bravos, aunque estos lleven las más encopetadas marcas de procedencia, va retrayéndose de su asistencia al espectáculo.

Y vamos á los lidiadores, que capítulo aparte por sí merecen.

—Desde que los toreros—me decía no há muchos días un antiguo aficionado—van á cafés y teatros, comen en Fornos, y usan tarjetas y papel timbrado, *el arte va de cabeza*.

No diré yo como mi amigo, que los toreros deban estar domiciliados precisamente en los barrios bajos de la población, y pasarse la vida entre la taberna y la posada, jugando al mús, ó entregándose á repetidas libaciones; pero sí creo que el refinamiento en los goces materiales á que hoy se consagran los lidiadores en cuanto ven un poco de *luz*, amengua los bríos del corazón, y hace que se defiendan *el cutis* más de lo que fuera de desear en un oficio cuya condición capital es el arrojito. A medida que nuestros toreros van metiéndose el dinero en el bolsillo, van echando el cuerpo fuera.

De lo que están mejor, es de *pies*. Con un *extraño* que les haga un toro, se comen el terreno con más apetito que un plato de langostinos y unas cañas en un *Colmao*.

En punto á educación taurina, han ganado también mucho. Antes trataban á los toros con gran confianza; se acercaban á ellos *como si tal cosa*, y en la *conjunción* de las suertes, daba gusto ver lo unidos ó *reunidos* que estaban toros y toreros. Ahora éstos no quieren permitirse esas familiaridades; y pensando que el toro es un animal muy inculto, y rindiendo el debido tributo á la diferencia de *clases*, han resuelto colocarse siempre á una *honesta distancia* de los cuernos. Es una medida de precaución digna de elogio, y hasta en armonía con los

preceptos de nuestra santa religión. Ya lo dijo Dios: «Ayúdate, y te ayudaré.»

Pero lo que es un *colmo* en el adelanto de nuestros toreros, aunque pertenezcan á la clase de *malletas*, es su amor propio y sus pretensiones exajeradas. Son como una *barbiana*, que me decía: —«Muy pobre, pero muy orgullosa.»—

—Vamos á ver, ¿qué *tien* el *Ostión* y el *Manene* más que nosotros,—preguntaba uno, en un corrillo de la Carrera de San Jerónimo—*pa too* ese *ruido* que *se traen*, y *pa* que les toquen tanto las palmas?

—Ay que primo es éste: *pus* es muy sencillo; que van con Rafael y con Salvador; y con eso, todo lo que hacen *tié* que ser *güeno*.

—Hubiera yo querido verles con bichos tan *ladrones* como los que nos soltaron á nosotros el domingo en Talavera. Mira que me tocó á mí *banderillar* un toro cuarto, *que yo entiendo*; y después de dejar un par al revuelo de mucho compromiso, todavía hubo algunos *guasones* que me silbaron.

—¿Las dejaste en buen sitio?—dijo un tercero.

—Una la clavé alta, pero se cayó. Quedó la del lado izquierdo, que prendió de *verdad* en la paletilla.

—Nada, muchachos—objetó otro mozo muy jactancioso: —nosotros tenemos la culpa de *tóo* lo que nos pasa; estamos *amermaos* sin razón; toreamos peores toros que los que les *echan* á Rafael y á Salvador, y lo hacemos sin *zaragata* y sin *paso atrás*, y resulta que ellos se llevan la *guita*, y nosotros pasamos las fatigas de Dios. Pues lo que es á mí, si no me pagan bien, *ni que decir tiene*, se quedarán los públicos con las ganas de verme torear. Ayer mismo me ofrecieron escritura para lidiar una corrida en Bujalance, con media cuadrilla, dándome dos mil quinientos reales; pero como ese es un precio *que no va á ninguna parte*, les dije que contrataran al *Hurón*, porque yo no hago ese trabajo, ni allí ni en otro lado, por menos de quinientos duros y una gratificación.

—Sí, pues espérate un rato, que verás cómo *dan la lata* las empresas, y te hacen *merar* de una indigestión de aire, sin que te sirva el *ponerte tantos moños*.—

Así, poco más ó menos, discurren nuestros toreros en la Carrera de San Jerónimo. ¿Tendrán razón en lo que dicen, y no serán ellos peores que la generalidad de la *clase*?

Por mi parte, confieso, hablando en serio, que hecha excepción de Rafael Molina (*Lagartijo*), y de Salvador Sánchez (*Frasquito*), que á pesar de sus defectos ¿quién no los tiene! ostentan una brillante historia, pero que por desgracia les queda muy poca vida en el toreo, no encuentro, entre la larga lista de los *llamados* espadas de cartel, figuras que puedan sostener el espectáculo cuando aquéllos abandonen el campo de sus triunfos. Un matador de corazón como Luis Mazzantini, y media docena de peones y banderilleros inteligentes, que es lo *único* bueno que hay entre el elemento joven del toreo, no es bastante para salvar la situación de un *arte*, llamémosle así, que empieza á entrar en un período de decadencia, y cuyo fin presiento ha de ser rápido, á menos que imprevistas circunstancias, que hoy por hoy ni siquiera se vislumbran, le desviarán de su inevitable ruina.

No necesitan, pues, el señor Marqués de San Carlos ni los adversarios de nuestra incomparable fiesta nacional, emplear grandes argumentos en contra de ella, porque tengo para mí que en un plazo mayor ó menor, pero nunca muy largo, está destinada á morir por falta de buenos toros y de buenos toreros.

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

TIEMPOS QUE FUERON.

Han pasado más de cuarenta años, y recuerdo aquel suceso, hasta en sus menores detalles.

Y le recuerdo con placer. Parece que al referir los viejos escenas de su juventud, nos acercamos, siquiera sea solamente con la imaginación, á aquellos tiempos en que se goza de la vida derrochándola...

¿Qué bueno era D. Sebastián! Con su cara frescachona, siempre cuidadosamente afeitada, sus orejas encarnadas, como de fraile convidado, y su bondadosa sonrisa, cómo se hacía simpático!

Y luego que nunca descomponía los proyectos que sus amigos iniciaban, y en que le hacían tomar parte. No le gustaban los toros, y á pesar de eso, cuando contaban con él para tomar un palco, los acompañaba y no se aburría; pero prefería su asiento de patio en el teatro del Príncipe, donde por tres realitos oía declamar á Julián y á la Matilde, á

Guzmán y á la Llorente, comedias de Bretón de los Herreros, y dramas de Gil y Zárate.

Algunas noches, con el calorillo agradable que la sala, y especialmente la *casuela* despedían, solía dormirse nuestro buen D. Sebastián, por cierto que al sonar los aplausos, despertaba preguntando *siempre*: ¿se han casado ya esos babosos? suponiendo que todas las comedias acaban en matrimonio; pero eso no sucedía todos los días, sobre todo, si bailaban Manolito Casas y la Pepa Díez, unas boleras robadas, ó Estrella y la Fontanellas, una jota aragonesa; que el baile y los *sainets* hechos por Cubas, causaban su delicia.

Un día, á la puerta de la casa de Manolito el de los Moños, afamado zapatero de la Plaza de Santa Ana, se hablaba de toros, según costumbre, y el buen D. Sebastián mostró deseos de ver, no la corrida, sino el *encierro* del ganado, en vista de lo que en el corro se decía acerca de la animación y perspicacia que ofrecía aquel acto, nunca por él presenciado. Cogieronle la palabra algunos concurrentes; convinieron en que pagaría una paella para ir pasando la tarde mientras las reses llegaban, y quedamos todos—unos ocho ó diez—en reunimos á las cuatro de la tarde del Domingo inmediato, en la puerta de la Aduana, hoy Ministerio de Hacienda, en la calle de Alcalá.

No faltó á la cita ninguno de los convocados. Allí estaban, con otros que *irán saliendo*, D. Fernando Bravo y D. Juan Tró, tan buenos aficionados como entendidos gastrónomos; D. Eusebio Peñalver, ayudante del 7.º batallón de la M. N.; D. Mariano Muñoz, alegre teniente del resguardo; D. Federico Jayme, capitán de grandes simpatías, cabeza de trueno y corazón de ángel; D. José Pérez Pló, distinguido actor compañero de Carlos Latorre; y allí acudió con puntualidad el *pagano* D. Sebastián, con su chistera blanca de pelos largos; corbatín alto de terciopelo; frac de paño color de café, con botones dorados, de ala de pinchón y cuello de muralla; pantalón y chaleco de mahón, y zapatos de castor, nuevecitos y flamantes. Era su traje habitual, muy común entonces, que no cambiaba el buen Señor por ningún motivo.

He llamado *pagano* á D. Sebastián, porque en aquel tiempo, y entre aquellos amigos, era costumbre, que el que por primera vez asistía á una franqueta, costeara, á su elección, una paella, los vinos ó el refresco en la Iberia, en señal de admisión en el círculo de aficionados taurinos. Bueno es que conste, para evitar maliciosas interpretaciones.

Nos pusimos en marcha por la calle de Alcalá abajo; subimos por la acera del cuartel del Pósito, y trasponiendo la suntuosa puerta de aquel nombre, hicimos alto en el patio de las caballerizas de la Plaza, donde la anciana señora Socorro, único conserje de aquella parte del edificio, y que del mismo modo y con igual celo atendía á su deber de recoger y trasladar á la Inclusa los niños expósitos que se depositaban en el torno en aquel punto colocado al efecto, que de limpiar y poner luces en el altar de la estrecha capilla de los toreros, nos sirvió, en limpios vasos, agua y aguardiente. Allí echó de menos D. Sebastián su pañuelo de seda de la India, que buscó para limpiarse el sudor. Algún alma caritativa quiso aliviarle del peso.

Poco á poco marchamos por el camino que, dejando á la derecha las caballerizas y á la izquierda la huerta de Maroto, guiaba al de Hortaleza, y en ambos lados pudo ver el nuevo catecúmeno infinitos grupos de aficionados y aficionadas que despachaban á placer sus meriendas, con frecuentes libaciones, para apagar la sed que producía un ardiente sol de Julio. Avistamos por fin la casa de Lúcas, que ocupaba precisamente el sitio en que más adelante se construyó la célebre plaza del Jardínillo—de que fué Lúcas conserje;—y una vez dentro, preparóse con diligencia por la Valeriana (honrada mujer de aquél, á quien dió en su matrimonio, nada menos que 18 hijos), la consabida paella, y la sirvió sobre blancos manteles y esmerado servicio. Comimos todos con buen apetito, incluso D. Sebastián, á quien hizo plato uno de los comensales, cuyo nombre no recuerdo, porque todos le llamábamos Manzaniya, recordando su pronunciación, el cual tuvo la ocurrencia de verter en aquel plato un puñado de pimienta molida, que puso al anfitrión, al saborear la comida, más encendido que amapola. Todos estábamos en aquel secreto; todos jaraneábamos y hablábamos de distintas cosas; acompañábamos con sus chistes, que los tenía de primer orden, á D. Sebastián; y al retirar los platos Valeriana, dijola entonces entre zumbón y serio: «Si tiene V. dentro del cuerpo tanta pimienta como pone en el arroz, no extraño que tenga tantos hijos.»

El calor de la comida y de los vinos—Valdepe-

ñas y Jeréz—excitado en todos por el calor de la conversación alegre y burlona, siempre chistosa y epigramática, pocas veces seria, se atemperó y calmó muchísimo con la gratísima sorpresa que nos proporcionó nuestro compañero de afición y mesa, D. Eulogio Gómez, dueño del café de la Vieja Iberia. Hizo aparecer sobre los manteles una verdadera pirámide, grande y hermosa de queso helado, que entre los bravos y aplausos que todos con justicia le tributamos, despachamos con fruición, habiendo alguien, como D. Sebastián, que repitió hasta cuatro veces. ¡Tal rescoldo tenía en el abdomen!

Se aproximaba la hora de volver á las inmediaciones de la plaza y así lo hicimos, sin más contratiempo que el de haber perdido el buen D. Sebastián su caña de Indias con puño de oro, que se empeñó en decir le había cogido de debajo del brazo alguno de los compañeros de la tarde. Explicaba, que habiéndose acercado á una tapia á practicar una diligencia que requería darla el frente, una persona, en quien supuso un amigo, tomó tranquilamente el bastón que tenía el colocado debajo del brazo, sin que le opusiera resistencia. Ello es que el bastón no volvió á parecer, y que D. Sebastián se sintió visiblemente contrariado, sin que desde aquel momento parase mientes en los animados cuadros de gente de toda clase, que cantaba, bailaba y gritaba en los ribazos del camino con verdadera alegría. Cerca ya de la plaza, en un alto de tierra que lindaba con el lado del pajar de las caballerizas, vimos, entre una nube de pilletes, al célebre *Tuerto*, ser inverosímil, que tenía á su cargo dar la voz de alerta al divisar el ganado, ó al oír sonar el alambre de los cabestros.

Desde las caballerizas á los corrales de la plaza había una corta distancia, como de 150 metros, que en los días de encierro se trasformaba en callejón, merced á una barrera provisional que atajaba los costados, y en la cual se asomaban los muchachos para ver pasar el ganado. Los verdaderos aficionados á quienes conocía ya *la casa*, paseábamos tranquilamente por aquel callejón, en la seguridad de que al llegar cerca los cabestros, y al abrir los carpinteros, de que era jefe el Sr. Gabino, los portones, habíamos de entrar á meternos en los burladeros, para ver, á la luz de los faroles, *la capa* de los cornúpetos.

No la tenía todas consigo, como suele decirse, D. Sebastián, que constantemente preguntaba y hacía observaciones sobre las contingencias á que pudiera dar lugar un retraso en el aviso, ó una dilación en abrir los corrales. Pensando en esto fué sorprendido, al ver que Federico Jáyme y Eusebio Peñalver daban de palos á un mozalvete, á quien habían visto meter la mano en el bolsillo del frac de D. Sebastián; por cierto que, apaleado más ó menos, el caco huyó, saltando la barrera con más limpieza que el Salamanquino, y la petaca de plata de nuestro amigo, *corrió burro*.

Señores, decía: ¿me han traído VV. á Sierra-Morena, ó dónde estamos? ¡Vaya una gentecita que hay por aquí! Calle V., D. Sebastián—replicó el fundador de *El Clarín*, D. Joaquín Simán. ¡Si viera V. cómo llora Ceuta la pérdida de estos hijos!

Empezó á correr la gente. El *Tuerto*, con su entonación particular, que con ninguna otra podía equivocarse, gritó: ¡¡que veeeene!!!, y todos excitamos á D. Sebastián á que corriera para llegar pronto á la puerta. El susto del hombre en aquel momento, con nada es comparable. Atropellaba á todos; con todos tropezaba; y al sentir cerca el caballo del mayoral de guía, y ver que los portones no se abrían, tembló como un azogado, miró á todas partes, y de pronto... dando un salto prodigioso... como quien se arroja al mar, se tiró de cabeza en la barrera, á la cual le seguimos únicamente *Manzaniya*, Peñalver y yo. Los demás entraron en los corrales.

El golpe sufrido en su caída por nuestro amigo, fué de marca mayor; el susto, de primer orden; el desengaño de lo que era *ir al encierro*, mayúsculo. Sin embargo, de todo, se mostró muy agradecido á los cuidados que le prodigamos los tres aficionados presentes, que tuvimos que lavarle la cara con pañuelos, para enjugarle la sangre que los chinarrros le causaron; algunas frases entrecortadas que le oímos, no decían más que *bárbaros, brutos, salvajísimo*; y en voz más alta: ¡parece mentira! ¡para que yo vuelva!

Cuando ya se repuso un tanto del susto, nos decía: me deben VV. un pañuelo, un bastón, una petaca y un sombrero;—también el sombrero se perdió en la fuga;—yo les debo la *singular* atención de haberme proporcionado el *placer*, y remarcaba estas palabras, de ver un encierro, es decir, de ir á verle, porque yo no he visto más que polvo, calor,

pimienta, rateros y trastazos; pero en fin, el que algo quiere, algo le cuesta. Peñalver le replicó: esto no sucede siempre; la letra con sangre entra, y siempre se paga la novatada.

Pues asegure V. que no pasaré del noviciado; y digan VV. á los amigos cuyo paradero no sabemos, que se me ha venido esta noche á la imaginación varias veces aquello de

aparta tu amistad de la persona,
que si te vé en el riesgo, te abandona.

Hicimosle ver, y le convencimos plenamente, de que nuestros compañeros, en aquel momento crítico, no pudieron hacer otra cosa que huir del ganado. Le dejamos acostado en su casa, y volvimos á La Iberia, donde los comentarios del suceso fueron chistosísimos, conviniendo todos en que *las aficiones buenas ó malas, deben tomarse antes de la edad madura*.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

EPIGRAMA.

Discutían con calor
algunas aficionadas,
las suertes más adecuadas
al quite del picador.

Según unas, lo mejor
era un recorte (á su juicio);
y otra que entiende el oficio,
dijo:—El recorte me carga,
y en cambio, una buena larga,
me saca siempre de quicio.

PLÓEZ.

TOROS EN MADRID.

14.^a CORRIDA DE ABONO.—6 SETIEMBRE DE 1885.

Para inaugurar la segunda temporada anunció la Empresa una corrida de seis toros del Duque de Veragua, picados por Francisco Gutiérrez (Chuchi) y Manuel Bastón, y estoqueados por Rafael Molina, Lagartijo, Salvador Sánchez, Frascuelo y Fernando Gómez, el Gallo, con sus excelentes cuadrillas de banderilleros.

Era, pues, una función de *primo cartello*, que debía llevar gente al circo, pero no la llevó por... lo que todos sabemos.

El Presidente, Sr. D. Luis Ramírez Bascón, hizo la señal desde su palco; los timbales redoblaron en su púlpito, y el público empezó á despejar el ruedo á las cuatro en punto de la tarde. Al compás de la música salieron moviendo, á compás también, el brazo derecho todos los diestros de á pié, seguidos de los de á caballo, monos sabios, mulas, muleros, etc.; y cambiados los capotes, ajustados los cordones de las taleguillas, y colocados en sus puestos los picadores de tanda, pero no los espadas ni el sobresaliente, pisó la arena.

Feo, cornicorto, gacho, buen mozo y castaño; tomó dos varas de Chuchi y dos de Bastón, sin llegar mucho á los caballos, aunque derribó á los ginetes.

Manene clavó un par bueno; Torerito se pasó una vez, y al clavar otro fué enganchado, salvándole el incomparable espote de Frascuelo, y Manene repitió con otro par, todos al cuarteo.

Lagartijo, con traje habana y plata, pasó á *Feo* cuatro veces con la derecha, otras cinco al natural, tres por alto y dos cambiadas, y de lejos se tiró, dando una atravesada, saliendo tan mal como había entrado. Después de varios capotazos quiso descabellar, arrancó el toro, y en la huida pasó por encima de Guerrita, y con seis pases más dió una gran estocada recta, de la que el bicho murió.

Al segundo le llamaban *Rosito*; era negro, de muchos pies, bien armado y astiblenco. Le arrimaron tres puyazos Bastón y dos Chuchi, le coleó, sin necesidad en una caída, del primero, Lagartijo, faltando al art. 61 del Reglamento, y pasó á banderillas, dejando un caballo muerto.

Regaterillo se pasó una vez, sin culpa suya, y clavó un buen par, cayéndose el toro; Ostión otro algo caído, y Regaterillo volvió á pasarse poniendo otro par á toro parado.

Empezó Frascuelo—traje verde y oro—pasando tres en redondo y uno cambiado ceñido, corto y parado, y concluyó con una contraria atracándose de toro, que no necesitó puntilla.

Liebro era el nombre del tercero, berrendo en colorado, de libras y buena lámina. Con dos garrochazos de Bastón, uno del Chuchi y dos de Pepe Calderón, tomadas con gran poder, pasó á banderillas, dejando muerto un caballo.

El Morenito se pasó sin clavar tres veces, colgando medio par á media vuelta; Almendro otro medio, de mal modo, y después de otra salida falsa puso un par, sin que le viera el toro, que todavía sufrió otro par de Almendro.

Lila y oro vestía el Gallito, que dió dos pases altos, dos naturales y uno cambiado, para un pinchazo en hueso: uno alto para otro en su sitio, más marcado, y luego dos medios pases para una media, con mala dirección. Otra estocada corta, bien dirigida; otro pinchazo á volapié en las tablas, y otra buena, corta, que se tiró con fe, bastaron

para que se echara; pero se levantó para caer en seguida.

Conociase el cuarto toro por *Serceno*, (¿de qué barrio?); negro zaino, astifino, ligero, y que en la primera vara desmontó al Chuchi, saliendo el caballo herido, que atropelló en su carrera al Manene, dándole un trastazo de primer orden. Con bravura tomó una vara de Chuchi, cuatro de Bastón y cuatro de Pepe Calderón, armando un lío y matando un jaco al primero.

Mojino clavó medio par cuarteando, Manene uno muy bueno, lo mismo, y aquél otro al sego, algo delantero.

Tomó los trastos Lagartijo y de cerca pasó tres veces al natural, dos cambiados, uno alto y otro corto derecho, y se tiró al volapié con media estocada. En el segundo trasteo no estuvo tan bien y salió una vez perseguido, salvándole Manene de una cogida, y se tiró bien para una honda, alta, algo tendida, que le remató á poco tiempo.

¡Vaya un toro grande el quinto—á quien le bautizaron con el apodo de *Primerol*! Negro bragao, bien puesto y con buenas amas, inspiraba cuidado. Mató tres caballos en dos varas de Bastón, dos del Chuchi, y una de Calderón, coleándole Frascuelo muy poco tiempo (pase), saltó la valla por el 9, por el 4, por el 1, y por el 10.

Ostión le plantó un gran par de castigo; el Regaterillo medio, y Ostión uno sin preparación, andando el toro, concluyendo la suerte Regaterillo, después de pasarse una vez sin clavar nada.

Frascuelo halló al toro *quedado* y emplazado. En el terreno que él quiso le paró tres veces con exposición, y luego otras cinco veces, para que saltase al 10—donde corneó á un burladero—y luego al 1, del que costó trabajo sacarle. Ya fuera, y con dos pases difíciles, por el aire que reinaba, pinchó bien, á volapié neto, dió una media estocada, buena, de las que no se caen, concluyendo tan valiente faena con un soberbio descabello.

Al último se le conocía por *Tostenero*, y llevaba vestido negro listón, buenos cuernos y más pies de los que fuera menester. Pepe Calderón le pinchó dos veces, cinco Chuchi y dos de Bastón, rematando un caballo del segundo.

En banderillas, Almendro se deslució con un par abierto, Morenito con uno regular y el primero plantó un buen par, todos al cuarteo.

Gallo trasteó por alto once veces, y dió un pinchazo á paso de banderillas, dos con la derecha, cinco medios y dos con la izquierda, dos cambiados para una buena á volapié saliendo mal, que concluyó Guerrita con el capote, estando ya el público capitalista en el redondel.

JUICIO CRÍTICO.

El ganado ha cumplido, dando por resultado una corrida buena, aunque no sobresaliente.

De la gente de á caballo, ha sido Bastón el que ha puesto mayor número de varas bien, y el Chuchi el que ha colocado la mejor al primer toro.

De los banderilleros, Ostión y Manene; pero no á la altura de otros días: verdad es que los toros no se brindaban á hacer con ellos primos.

Y vamos con los espadas. Prescindiendo de que en los quites han estado todos buenos, debemos decir que muchas veces han estado embarullados con los peones, y esto es debido á la poca y mala dirección del ruedo y á la falta de obediencia que al jefe tienen los banderilleros, alguno de los cuales, y de los de más simpatías, ha merecido que se le mandase al estribo.

Lagartijo.—Ha estado con más voluntad y decisión en el segundo que en el primero suyo. A éste no se fué de otro modo que hiriendo con paso atrás, si bien cuarteó menos cuando le tenía aplomado por efecto de la primer estocada, maña muy común en él, pero que demuestra conocimiento. Mejor hubiera estado arrancándose la primera vez como la segunda, y eso saliéndose tan pronto como se salió, porque la ovación hubiera sido más merecida. No nos gustó tanto en su primer bicho, porque empapó menos y tanteó más despegado á su toro, que no quería más que mucho trapo y cruzar bien los brazos al herir en corto y *apretando* el puño hasta tocar las púndolas.

Frascuelo.—Ha parado más, según costumbre, y demostrado que las heridas aumentan su valor.

En ambos toros ha estado cerca y de frente.

Los pases al primer toro fueron mejores que los que dió al segundo, lo cual no es de extrañar, si se tiene en cuenta lo que imposibilitaba el aire el manejo de la muleta, y sobre todo las muy excepcionales condiciones que en los dos últimos tercios de la lidia demostró un bicho de tanto poder y tan reservado de patas. Al aprovechar las situaciones de herir y descabellar, sin abuso de pases, ha demostrado inteligencia y siempre deseos de agradar. ¿Por qué no llevó al primer toro á las tablas para el volapié, ya que tan admirablemente se prestaba á ello?

Del **Gallo**, poco podemos decir: está bien en la brega; remata algunos pases con limpieza, y da otros imperdonables, por salirse antes de tiempo: es decir, que no los remata. Así y todo, podía pasar, si al herir fuese otro. No quiere convencerse de que al meter el brazo derecho ha de bajar mucho el izquierdo, inclinándole afuera, en vez de cruzarlos á la misma altura, como hace siempre; y que en vez de herir cuarteando, ha de hacerlo por derecho, que ya saldrá el toro siguiendo la muleta, sin necesidad de que él se salga, sobre todo, si arranca cortito.

La Presidencia bien, no consintiendo que matase Guerrita el último toro, como querían los zulús. Mal en mandar tocar á la muerte cuando tomaba los palos por segunda vez el Regaterillo, ya que antes consintió al público en que los pusiera.

Bueno el servicio de plaza, y deseando que no sean peores que la de hoy, las corridas que faltan, se despide

PARANDO CORTO Y DERECHO.

